

Individualismo, Educación y Medios de desinformación, deformación e incomunicación

Por Elio Noé Salcedo

Si como anota Saúl Taborda en “La psicología y la pedagogía” (1941), desde el punto de vista social, una comunidad “*se afianza a través de la escuela*”, algo debe estar pasando a nivel social y educacional para que estemos transitando semejante crisis de la conciencia nacional. Intentemos averiguarlo o, aunque más no sea, introducirnos en el tema, ya no como pedagogos sino más bien como argentinos interesados en el destino nacional.

En un grado inicial del desarrollo de la vida anímica, espiritual o psíquica, “*si el alma individual fuese solo una teleología inmanente (un fin en sí misma), se la podría concebir puramente como biológica. Todos sus actos y sus vivencias serían regulados por el fin valioso de la propia conservación*”, señala E. Spranger en “Psicología de la edad juvenil”, citado por Saúl Taborda.

Esto de la “conservación” viene a cuento a raíz del abandono actual del “sentido social” de la vida en comunidad, pues la “conservación” “*es lo que predomina en un grado inicial del desarrollo anímico*”.

No obstante, es importante aclarar, tratándose de seres humanos, o sea de “seres sociales”, que esa “conservación” no se refiere a la “conservación de la especie”, como sucede entre los animales, provistos individualmente de ese instinto de conservación de la especie por una ley natural del equilibrio zoológico regido por la “ley de la selva”. No es nuestro caso, pues no se trata del reino animal ni de la selva, sino de una sociedad humana, que está siendo devorada por el individualismo más extremo, indiferente al destino de la especie y/o de la propia comunidad.

Si bien aquella “ley natural” rigió en tiempos inmemoriales, prehistóricos o más antiguos, antes de la diferenciación total del hombre y el animal y/o del hombre y la naturaleza, a partir de los procesos de hominización y socialización, la *ley natural* ya no rige en la sociedad humana, que tampoco es la selva. La que rige hoy es la ley del sistema capitalista en su etapa superior (en realidad inferior, por sus resultados políticos, sociales y humanos): la del capitalismo salvaje o capitalismo financiero concentrado, dentro de una comunidad de personas o seres humanos y no de animales, aunque parezca lo contrario. ¡Tanto hemos retrocedido o involucionado!

En un estadio superior del desarrollo, en realidad, explica Taborda, en tanto el ser humano es por definición un “individuo social”, pues de acuerdo a su propia naturaleza *“no hay individuo sin sociedad”, “el alma participa de productos objetivos que no atienden solo a la propia conservación. El proceso histórico decanta valores que quedan por arriba de la vida individual”*. *“Al entrar el alma en este dominio de la cultura objetiva -apunta el pedagogo y pensador nacional- la propia conservación cede en importancia y deja de ser decisiva”,* en la medida en que una sociedad o una comunidad organizada garantiza ese dominio.

En verdad, *“el individuo experimenta objetos y cumplimientos como ‘valiosos”* (que tienen valor e implican valores) *sin que en esto intervenga para nada la finalidad de la propia conservación”*. Por el contrario, *“tan presto como el individuo entra al mundo objetivo (el mundo de las relaciones sociales, del pensamiento y de la cultura, y con ello a la historia), tenemos un hombre que se diferencia por eso del hombre natural”*.

Es evidente que ese proceso de humanización, socialización o sociabilización se encuentra en una profunda crisis.

Entendemos por socialización o sociabilización (Wikipedia), *“el proceso por el cual los individuos acogen, a partir de la relación con el resto de las personas, los elementos socioculturales del contexto en el que se desarrollan. Esto le permite al individuo internalizar las perspectivas, las pautas, las creencias y las normas y valores culturales que rigen en una determinada sociedad en un momento histórico en particular”*.

Enriquecida así por el contacto con el mundo objetivo -continúa Taborda al profundizar en el proceso antes mencionado-, *el alma se liga con lo objetivo espiritual, a través de una teleología trascendente*. Aunque eso depende -hay que advertirlo seriamente- de la formación espiritual, intelectual y cultural del niño y joven, por medio de las diversas formas docentes que la sociedad provee: hogar / familia, escuela, templo, calle y/o plaza pública, mundo del trabajo, vida pública y social, y en la actualidad a través de los medios sociales y/o masivos y las redes sociales de comunicación individual y masificante (aunque individualista), que han tomado la delantera en la educación u *“objetivación de la cultura”*.

En efecto, fuera de las razones políticas, económicas y sociales que nos han impedido evolucionar, desarrollarnos y/o realizarnos como país, como sociedad y como individuos *“realizándonos como tales en una*

sociedad que se realiza”-, existe una vía de educación, formación u “objetivación de la cultura” que ha copado la banca (por decirlo en términos actuales): son los llamados “medios de comunicación” y “redes sociales” de desinformación, incomunicación y deformación del alma argentina.

Manipulación mental y colonización

La realidad social que construimos, generalmente sigue la agenda de los medios de comunicación dominantes y a la vez monopólicos y hegemónicos, lo que constituye un caso de verdadera manipulación de la conciencia social e individual, como aseguran distintos estudios científicos y/o académicos.

No obstante, nos advierte el historiador Roberto A. Ferrero, habría que advertir también sobre la existencia de factores sociales que condicionan, orientan o “facilitan” la relación “emisor-receptor”, pues sin esa mención *“los medios aparecen como un poder absoluto, incondicionado, casi un Dios todopoderoso por encima de los determinantes sociales”*. Entre esos factores sociales condicionantes, podemos mencionar: el retroceso de los movimientos populares; la desestructuración y minimización de la clase obrera; el ascenso social sin conciencia nacional de las clases medias; la supeditación general de nuestra economía y vida en general a los poderes foráneos; la globalización de la cultura y la educación, etc., que peligrosamente *“hacen a los sujetos históricos más o menos receptivos (permeables) de los mensajes de los medios”*.

Otro elemento que facilita la hegemonía de los *mass media* deformadores de la conciencia nacional es la nula o menguada voluntad de los gobiernos populares (con los recursos que suelen tener a la mano) para detenerlos en su avance pernicioso y crear a la vez una red televisiva, radial y comunicacional verdaderamente nacional y contra hegemónica (tanto a nivel territorial como ideológica, no solo “pluralista” y pretendidamente “democrática”, sino antes que nada de profunda raigambre nacional), conformándose en cambio con comprar a precio de oro espacios publicitarios en los grandes medios (renovando un círculo vicioso), para no sufrir campañas políticas en contra, sin garantizar ningún resultado o, por el contrario, dejarnos a expensas de ellos, como sucede en realidad.

El poder de los medios

Generalmente se define como totalitario a un gobierno que detenta el monopolio de los medios de comunicación y hegemoniza la opinión pública a través de un “pensamiento único” que circula a través de las distintas emisoras que conforman el sistema de medios oficiales. Eso ha sucedido y sucede en la Argentina, aunque esa condición totalitaria contra el país y sus propios habitantes no puede ser atribuida a los gobiernos nacionales y populares, sino a los medios privados que conforman un verdadero predominio de la opinión pública gracias al monopolio mediático que ejercen, imponiendo una verdadera dictadura sobre los oyentes y audio-espectadores en general, sin que sus víctimas atinen a darse cuenta y reaccionar. Dicha situación implica una flagrante desigualdad y competencia desleal en menoscabo de los intereses nacionales y populares.

Pues bien, en esas condiciones se produce un fenómeno que necesitamos definitivamente resolver, porque de ello depende también la educación y/o formación de nuestros niños, jóvenes y adultos, y en ese caso, sí, se pone en juego la supervivencia de nuestra sociedad y de nuestro país tal cual lo conocimos y pretendemos proyectarlo hacia el futuro.

Si se repara en el discurso que repiten los consumidores de los medios dominantes -recurrente, imitativo y textual- podríamos inferir que estamos ante un caso de verdadera “*persuasión*” que, dada las condiciones políticas, sociales y culturales en las que se produce (de las que hemos hablado), se trata en realidad de una verdadera “*persuasión coercitiva*”.

En efecto, esa situación resultante se ampara precisamente en el monopolio de esos medios (condenable como el monopolio comercial y la “competencia desleal”) que, al imponerse de hecho y sin competencia real, con el poder que le brinda su carácter monopólico, ejerce una suerte de imposición y manipulación en sus destinatarios, sobre la base de un aspecto adicional que también debería ser penalizable: la desinformación, tergiversación o transmisión sesgada de los hechos, falsas noticias, mentiras y engaño, apelación a la emotividad con prescindencia del raciocinio, repetición hasta el cansancio y al unísono de consignas, en lugar de información y de interpretación veraz de los hechos y/o de una

opinión fundamentada, creando una seria fragmentación de la sociedad, anulación individual de la capacidad de pensar, y un estado de frustración y de impotencia que anula a la vez todas las posibilidades, ya no solo de reaccionar, sino de pensar y actuar antes de resultar víctima del poder de turno.

Estudios específicos

¿No se parecen estas campañas “desinformativas” y/o “formativas” de la falsa conciencia de los destinatarios, a las operaciones de manipulación mental conocidas como “lavado de cerebro”, que implican estas operaciones mediáticas?

Si partimos del conocimiento “vulgar” al que nos remite Wikipedia cuando habla de *manipulación mental*, “lavado de cerebro” o “*persuasión coercitiva*”, estamos ante ciertas *estrategias psicosociales de persuasión*, en cualquiera de sus variantes, que realmente “*producen una reforma del pensamiento*”, una educación, reeducación o *adoctrinamiento*, mediante las cuales el manipulador (“*domante*”) obliga “*a un individuo o sociedad*” a someter sus “*creencias, conducta, pensamiento, comportamiento... con el propósito de ejercer sobre ellos reconducciones o controles políticos, morales y cualquier otro*”. De hecho, esas son sus consecuencias, más allá de que el proceso sea consciente o inconsciente, voluntario o involuntario, en un marco de retroceso de la conciencia nacional, debido a factores coadyuvantes y determinantes históricos, políticos, sociales, culturales y educacionales (por acción u omisión) en los que se sostiene dicho proceso.

Por mencionar solo una fuente de nuestro análisis, en “*Lavado de cerebro: la ciencia del control del pensamiento*” (*Brainwashing: The Science Of Thought Control*, 2004), la profesora Kathleen Taylor, del departamento de Fisiología de la Universidad de Oxford, asegura que “*el lavado de cerebro se tiene que llevar a cabo en dos fases: en primer lugar, hay que eliminar las creencias anteriores y, en segundo término, hay que instaurar las nuevas creencias*”. Ese proceso se ha llevado a cabo en la Argentina sin que mediara ninguna acción eficaz para contrarrestarlo.

Como coinciden en señalar esos y otros estudios, existen dos bases psicosociales sobre las que se apoya esta estrategia: 1) despojar al individuo de su “yo” y crearle una nueva conciencia sobre los cimientos de lo que se ha destruido o deconstruido (su anterior conciencia o *desconciencia* individual, social y nacional); 2) actuar más sobre el grupo de individuos destinatarios de la manipulación (distintos tipos de audiencia), con el fin de obtener mejores o más amplios resultados para modelarlo, haciéndole creer, incluso, que la manipulación de la que es objeto es parte de su “libertad” para pensar y decidir.

Monopolio cultural y colonización mental

Un dato clave para entender el fenómeno de “*la persuasión coercitiva*” es que “la creación de esa nueva conciencia”, que viene a llenar un “vacío”, se fundamenta en el previo *apoliticismo*, partidismo clasista y/o elitista; la falta de identidad, de memoria histórica y/o de conciencia nacional; la indiferencia, desapego, descastamiento, odio o indefinición social, entre otros.

Esas operaciones crean en el individuo tal inseguridad, hasta llevarlo a adular y desertar de la realidad, que comienza a ver con los ojos de sus “domantes”. Como contrapartida, existe un grupo o centro de poder político, económico y social (con gran “poder de fuego” mediático), que hace gala de coherencia, sentido común e independencia de criterio, que monopoliza y/o hegemoniza “la verdad” (y la mentira) gracias al poder hegemónico que detenta.

De hecho, a través del monopolio del aparato cultural, que responde a intereses de una minoría oligárquica asociada al amo extranjero y que abarca todo el sistema cultural y educativo, se ha producido históricamente en los países periféricos y dependientes como el nuestro, tanto por derecha como por izquierda, lo que se conoce como “colonización cultural”, “colonización pedagógica” y/o “colonización epistemológica”.

En ese caso, en un sistema cultural y educativo ya colonizado, y con un campo popular a la defensiva y/o en retroceso por muchas de las razones y circunstancias apuntadas, los manipuladores y colonizadores corren con ventaja, pues la primera parte del trabajo

ya está hecha, en la medida en que la identidad nacional y social del sujeto individual y colectivo ya está seriamente debilitada.

En esas condiciones, desde los medios y redes monopólicos, se forma la “opinión pública” y el sentido de la realidad, con la indiferencia e impotencia del sistema de educación y cultura tradicional y originalmente nacional. O que debiera serlo en un país soberano.